

SEÑOR PRESIDENTE :

He recibido la carta con que os dignáis honrarme. Por ella veo que estáis bien, que habéis recobrado las fuerzas y que me amenazáis con venir á asesinarme... ¡Qué ingratitud con vuestro pobre médico Akakia! Esta conducta no es digna ni de un presidente de Academia ni de un buen cristiano como vos. Os felicito por vuestra excelente salud; pero yo no tengo tanta fuerza como vos. Estoy en cama desde hace quince días y os ruego diñáis el pequeño experimento de física que os proponéis llevar á cabo. Tened en cuenta que yo no soy un gigante de las tierras australes y que mi cerebro es tan pequeño que el descubrimiento de sus fibras no os podría dar la menor noción del alma. Además, si me matáis, tened la bondad de recordar que el Sr. de La Baumelle me ha prometido perseguirme hasta el fondo del infierno y no dejará de ir á buscarme allá; aunque el agujero que debe abrirse por orden vuestra hasta el centro de la tierra y que debe llevar en derechura al infierno, no se ha empezado aún, hay otros medios para llegar allá y resultará que me veré maltratado en el otro mundo del mismo modo que vos me habéis maltratado en éste. ¿Serfais capaz de llevar tan lejos vuestro odio?

Hacedme además el favor de fijaros en lo siguiente: Por poco que pretendáis exaltar vuestra alma para ver claramente lo por venir, veréis que si os decidís á venir á asesinarme en Leipzig, donde no tenéis grandes simpatías, y donde queda depositada vuestra carta, corréis peligro de ser ahogado, lo cual adelantaría demasiado la época de vuestra madurez y sería poco conveniente para un presidente de academia.

Por lo demás me hallo aún bastante débil; me encontraréis en cama y sólo podré tiraros á la cabeza mi jeringa y mi orinal; pero tan pronto como recobre las fuerzas haré cargar mis pistolas *cum pulvere pyreo* y multiplicando la masa por el cuadrado de la velocidad hasta que la acción y vos quedéis reducidos á cero, os meteré un poco de plomo en los sesos, pues parecen tener bastante necesidad de él.

Sería muy triste para vos que los alemanes hubiesen inventado la pólvora del mismo modo que debéis lamentar el que hayan inventado la imprenta.

Adiós, querido presidente.

AKAKIAS.

P. D. Como hay aquí cincuenta ó sesenta personas que se han tomado la libertad de burlarse prodigiosamente de vos, desean saber qué día os proponéis asesinarlas.

Federico II meditaba. Decía para su sayo que Voltaire era un hombre terrible, que podría muy bien burlarse del rey como se había burlado del académico, que no respetaba nada y que no era tarde para vengarse. Rebuscó inmediatamente entre sus papeles, para asegurarse de que el maligno anciano no se había llevado las famosas poesías regias, de las que era fácil burlarse, según á él le constaba. Sus presentimientos no le engañaron. Voltaire se había llevado un volumen de versos de Su Majestad. El rey se alarmó y tuvo miedo del ridículo.

Envió pues un correo de gabinete para que alcanzase al fugitivo y le pidiese el precioso manuscrito.

Cuando Voltaire llegó á Francfort, á fines de mayo de 1753, el residente prusiano Freytag fué inmediatamente á verle á su hotel y le dió orden de que no saliese hasta haber entregado las poesías. Voltaire reconoció en efecto que había conservado aquel cuaderno como recuerdo. Estaba dispuesto á devolverlo como se le exigía. Pero el citado volumen se hallaba en su equipaje, que estaba aún en Leipzig. Tenemos pues al filósofo preso y con guardias de vista en Francfort, adonde acudió á incorporarse con él su sobrina la Sra. Denis. El agente Freytag se mostró brutal é insolente; puso centinelas en la habitación de Voltaire y hasta en la de la Sra. Denis. El preso no podía ir sin escolta ni aun á los lugares más excusados. Al cabo de quince días se irritó y amenazando con una pistola, logró evadirse. No tardaron en prenderle de nuevo y volverle al hotel. Al fin llegó su equipaje de Leipzig, y se encontró el famoso libro.

Pero Voltaire no acabó con esto de sufrir. Había intentado evadirse y esta tentativa fraudulenta merecía un castigo. Además tenía que pagar la cuenta del hotel y los gastos de justicia. El pobre preso se desesperaba.

El camino entre Francfort y Potsdam es muy largo y los correos no llegaban nunca. Escribió á Federico, al margrave de Baireuth y hasta al emperador de Alemania, por ser Francfort ciudad imperial. Al fin logró ponerse nuevamente en marcha, arruinado, despojado y magullado, echando pestes contra todo el mundo y en particular contra su antiguo amigo Federico, que más tarde desaprobó la brutalidad de Freytag.

Así acabó á linternazos el amistoso idilio que había empezado con tan encantadoras sonrisas. Voltaire no sufrió la influencia alemana, pues entonces era Alemania la que sufría la influencia francesa. Sólo sacó de su permanencia en casa de un príncipe incrédulo y en medio de materialistas declarados, el poder echárselas de apóstol del libre pensamiento y decirlo todo con entera libertad. Pero escribió poco durante los años que estuvo en Potsdam, de modo que resultaron estériles para él y para nosotros.

¿Dónde iba á fijar su residencia? En París no estaba seguro. Pensó en Alsacia, pero los jesuitas eran allí omnipotentes. Hizoles concesiones y dió los primeros pasos; confesó y comulgó para conquistar su favor, excusándose por otra parte con bastante hipocresía de la necesidad en que el diablo se hallaba de ir á misa cuando estaba en territorio del papa. Á pesar de todo no le pusieron muy buena cara. Pasó á Suiza, y aunque estaba prohibido á los católicos adquirir allí tierras, obtuvo autorización para alquilar una hacienda en Monrion. Encantóle el

clima, compró una casa en Lausana y se hizo lenguas acerca de Suiza.

Por debajo de mi jardín hay otros ciento, bañados por el gran espejo del lago. Al otro lado de este mar diminuto, descubro toda la Saboya y más allá de Saboya, los Alpes, que se yerguen en anfiteatro y en cuyas cimas forman los rayos del sol mil juegos de luz. El Sr. de Alleurs no poseía un panorama más hermoso en Constantinopla. En este agradable retiro no se echa de menos á Potsdam.

Pasaba el invierno en Lausana, y el verano se iba á los alrededores de Ginebra á su casa de campo de las Delicias que celebró en versos entusiastas. Adquirió otras dos propiedades: Ferney (Francia) y Tournay, que era un condado con derecho de alta y baja justicia. De esta suerte se puso al abrigo de todo azar. Si le molestaban en Francia pasaba á Suiza. Si le amenazaba el clero de Suiza, volvía á Francia. Era lo que él llamaba andar según las circunstancias hacia adelante ó hacia atrás.

Es una agradable excursión la visita á los alrededores de Ginebra, sobre las colinas de las dos orillas del lago, cubiertas de « Villas » y verdes jardines. Aun flota allí el recuerdo de Voltaire. En la orilla derecha se hallan las Delicias y la Campaña Tronchin. Enfrente, en la otra orilla, las Aguas Vivas y la Villa Deodati, que recuerda el nombre de un amigo del gran escritor. Por Sacconex se llega á Ferney.

La « villa » de Voltaire es muy visitada, y, durante el verano, deposita constantemente ante la verja de la misma el tranvía Ferney-Ginebra á numerosos turistas de ambos mundos.

El sitio y el panorama son admirables. Se ve perfectamente que Voltaire poseía el sentido de la poesía y la naturaleza, tanto por la elección de sus residencias como por los elogios que de ellas hizo.

Desde su jardín se veían los Alpes, el lago, la ciudad de Ginebra y sus alrededores que son muy risueños. Voltaire decía: « *It is a beautiful prospect* (es un hermoso golpe de vista) », y pronunciaba estas palabras bastante bien, según lo asegura el inglés Sherlock, que se las oyó.

Hizo fabricar un teatro donde se representaban sus obras, en las que él mismo tomó parte; invitó á los pastores¹ á sus representaciones y puso en revolución á toda aquella austera vecindad. Esto dió lugar á protestas, y cuando se fijó definitivamente en Ferney, ya gozaba de mala reputación en Ginebra. Acudió á su espectáculo toda la alta sociedad.

El editor Kramer hacía el papel de *Orosmán* y la Sra. Denis el de *Zaira*.

En las grandes ocasiones representaban Lekain y la Clairon. Entonces no representaba Voltaire, pero se sentaba en el fondo del escenario para que pudiesen verle todos los espectadores.

1. Ministros protestantes.

(N. del T.)

Entretanto, el pueblo y el clero murmuraban. Voltaire, que por entonces se aplicaba diversos motes, como los de el Viejo de la Montaña, el anciano del monte Jura y el patriarca de Ferney, se burló de la pudibundez de los ginebrinos, predicadores santurrones y ranas del lago. Su amigo D'Alembert le hizo una visita y á su regreso á París escribió en la *Enciclopedia* el artículo *Ginebra*, en el que se atrevió á censurar á los ginebrinos por no mostrarse bastante aficionados al teatro. Ases- tar semejante golpe á los calvinistas era una ofensa. Juan Jacobo Rousseau recogió el guante y compuso su *Carta contra los Espectáculos*.

Á partir de aquel momento persiguió en Voltaire al corruptor de su honrada ciudad natal, y se lo dijo abiertamente:

« No os puedo querer, caballero, porque habéis perdido á Ginebra.... Os aborrezco.... ».

Voltaire respondió, encogiéndose de hombros:

« Se ha vuelto enteramente loco. ¡ Qué lástima! »

Para vengarse la emprendió con la *Nueva Eloísa*. En cuanto á los ginebrinos, los puso como nuevos en su poema cómico *La Guerra de Ginebra*.

Ocupábanle entretanto por completo su colaboración en la *Enciclopedia* « como simple mozo », su lucha en nombre de la libertad de pensamiento contra el clero, contra Le Franc de Pompignan, poeta de Montauban, sobre quien hizo caer Voltaire una granizada de libelos muy chistosos; contra el padre Berthier y el *Diario de Trevoux*; contra la Iglesia, y contra la comunión que hizo por pura comedia, llamándola un « desayuno del hermano Voltaire, capuchino indigno »; sus generosas tentativas en favor de las desdichadas víctimas de la intolerancia, Callas, Sirven, La Barre y Montbailly, cuyos procesos representan horribles dramas; su defensa de la memoria de Lally Tollendal á quien logró rehabilitar; la supresión de la esclavitud de los siervos de Saint-Claude; sus ardientes ataques contra todos los abusos y su defensa de todas las libertades.

Sembraba beneficios en torno suyo, dotaba á las doncellas pobres, recogía á una sobrina de Corneille á la que halló en París el poeta Lebrun, haciéndola educar é instruir y escribiendo un comentario bastante malo de Corneille; el producto de su venta constituyó el dote de la joven cuando la casó.

Vivía lleno de inquietud y sus temores no siempre eran quiméricos en aquella época. Cuando corrigió las pruebas de sus obras completas, en 1775, modificó muchas cosas, especialmente lo que concernía al Parlamento, cuyo abogado general, Séguier, era terrible. La Sra. Suard refiere lo siguiente:

Me dijo que el Sr. Séguier había ido á verle á su paso por Ferney, hacía

doco tiempo y añadió: Señora, en ese mismo sitio que ocupáis (yo estaba sentada junto á su cama) el tal Séguier me ha amenazado con denunciarme á su corporación, la cual me haría quemar si caía en su poder. — Caballero, no se atreverían. — ¿Y quién se lo impediría? — Vuestro genio, vuestra edad, el bien que habéis hecho á la humanidad, la indignación de Europa entera; podéis estar seguro de que todas las personas honradas, todos aquellos á quienes habéis hecho humanos y tolerantes, se levantarían en favor vuestro. — ¡Ah! Señora, acudirían á verme quemar, y tal vez dirían por la noche: ¡Sin embargo es una lástima!

Cierto visitante recordaba en 1779 estos detalles acerca de la salud del septuagenario:

Cuando le dicen que está bueno se pone furioso. Ya sabéis que desde hace cuarenta años tiene la manía de estar enfermo, manía que va aumentando con la edad; pretende hallarse abrumado por todos los achaques de la vejez; afirma que está ciego, sordo y gotoso. Voy á daros la prueba. El primer día de mi llegada, me hizo la relación ordinaria de sus achaques y me fué detallando todas sus dolencias. Dejéle quejarse y para comprobar por mí mismo lo que había de verdad en sus lamentos, durante un paseo que dimos juntos por el jardín, fué bajando poco á poco la voz hasta el punto de emplear ese tono bajo y humilde con que se habla á los ministros y á las personas muy respetables. Esto me tranquilizó con respecto á su oído. Inmediatamente, como yo le cumplimentase acerca de la belleza de su jardín, de sus flores, etc., prorrumpió en imprecaciones contra su jardinero que mostraba muy poco celo, y al mismo tiempo iba arrancando, de vez en cuando, algunas hierbecillas parásitas, muy finas, ocultas bajo las hojas de sus tulipanes y que á mí me costaba gran trabajo descubrir. Deduje de aquí que el Sr. de Voltaire tenía aún muy buena vista, y por la facilidad con que se inclinaba y se erguía, pude juzgar que sus movimientos eran muy ágiles, que sus músculos se hallaban en buen estado y que por lo tanto no estaba ni sordo, ni ciego, ni gotoso. Es inconcebible que un hombre de tan firme juicio y tan filósofo experimente acerca de su salud ridículos miedos, propios de un hipocondriaco ó de una mujercilla.

Voltaire se hallaba entonces en el apogeo de su gloria. Físicamente fué tal como lo ha inmortalizado Houdon, es decir, flaco y delgado, con maligna sonrisa y mirada brillante.

Todos los retratos y bustos del Sr. Voltaire, dice Madama de Genlis, son muy parecidos, pero ningún artista ha logrado expresar bien sus ojos; esperaba hallarlos brillantes y llenos de fuego; son en efecto los más inteligentes que yo he visto, pero tienen, al mismo tiempo, algo de aterciopelado y una dulzura imposible de expresar; en aquellos ojos se halla por completo el alma de Zaira; su sonrisa y su risa extremadamente maliciosas transforman por completo aquella encantadora expresión. Se halla muy cascado y su manera gótica de vestirse lo envejece más aún. Tiene una voz sepulcral de timbre singular lo cual es

tanto más de notar cuanto que tiene la costumbre de hablar en voz muy alta, aunque no es sordo.

Cuando Marmontel llegó á las Delicias en 1780 con su amigo Gaulard, hallábase Voltaire en cama y les dijo:

— Me halláis á las puertas del sepulcro; ¿venís acaso á devolverme la vida ó á recibir mi último suspiro?

Gaulard se asustó, pero Marmontel, que había oído cien veces á Voltaire decir que se moría, le tranquilizó. Voltaire les habló en seguida de uno de los huéspedes que entonces le honraban con su visita, el cantor L'Ecluse.

— Si le conociérais habríais oído seguramente la canción del *Amolador* que representa y canta tan admirablemente.

Y al punto se puso Voltaire á imitar á L'Ecluse, con sus brazos desnudos y su voz sepulcral, cantando la canción del *Amolador*.

Nos reímos á carcajadas, y él siguió diciendo muy seriamente:

— Le imito muy mal. Hay que oír al mismo L'Ecluse. Es la verdad misma, en sus canciones de la *Hilandera*, en la del *Postillón* y en otras muchas. Estoy seguro de que os causará el mayor placer. Id á ver á la Sra. Denis. Por mi parte, aunque estoy muy malo, voy á levantarme para comer en vuestra compañía. Comeremos una hermosa trucha y después oiremos al Sr. de L'Ecluse. El placer de vuestra visita ha suspendido mis dolencias y me encuentro muy animado.

Tales eran las enfermedades de aquel eterno moribundo. Según Betinelli tenía una manera de pronunciar lenta y cortada. Su voz era tan fuerte que hacía temblar á Madama de Genlis:

Sentámonos á la mesa y durante toda la comida el Sr. de Voltaire se mostró muy poco amable. Parecía estar siempre furioso contra sus criados, gritaba á voz en cuello, con tal fuerza que involuntariamente me estremecí varias veces; el comedor es muy sonoro y su voz de trueno resonaba de un modo espantoso.

Era muy nervioso é irritable y todo lo echaba á rodar cuando perdía al ajedrez. Su contrincante era un exjesuita, el P. Adam. Cuando le atacaban ó le parodiaban se defendía con furor asestando rudos golpes y haciendo mucho ruido. Tuvo innumerables disputas: con Juan Bautista Rousseau, á quien dirigió varios epigramas y un poema: *La Crispinada* (el padre de Juan Bautista era zapatero); con Crebillon, cuyas piezas rehacía y «remendaba los moldes»; con Piron, que tuvo tanto ingenio como él; con Montesquieu, que sólo hallaba á Voltaire «bonito» y se vengaba de la opinión de aquel rival que se había burlado del *Espíritu de las Leyes*; y con el abate Desfontaines.

Mostróse terrible con sus enemigos Freron, Sabatier y Le Franc de

Pompignan, á quienes asaeteaba con sus maliciosos epigramas, diciendo :

— Mi médico me ha recetado que corra una hora ó dos todas las mañanas á Pompignan por vía de ejercicio. Cada día sacaba una gracia nueva.

Con Piron especialmente fué la lucha muy ardiente. Voltaire tenía miedo á aquel hombre diabólico cuyas respuestas eran explosivas y que sólo incurrió en una ridiculez, la de haberse atrevido á decir : « Voltaire trabaja en marquetería, mientras que yo fundo bronce. »

Otro de sus adversarios más encarnizados fué Juan Fréron (1719-1776), antiguo regente de los jesuitas, que llegó á ser director del *Año Literario* y se atrevió él solo á hacer frente al ejército de los enciclopedistas. Fué aquella una polémica memorable, una lucha épica, que duró veintidós años. Fréron no tenía el genio de Voltaire, pero era un crítico sagaz, animoso y mordaz. Era á propósito para la guerra de libelos y sabía guardar en apariencia formas urbanas no obstante lo duro de sus golpes. Sus rivales, Voltaire, Diderot y hasta el frío D'Alembert, irritados de verse constantemente hostigados por él, le llenaban de injurias en lugar de discutir. Fréron desempeñó casi siempre el mejor papel.

Toda la hiel que encierra el odio, decía Julio Janin, todo el veneno que contiene la rabia, todas las insolentes injurias en que abunda el lenguaje de las rabaneras, y todo cuanto pueden hallar de inmundo y de infamemente calumnioso los faquines borrachos y las vendedoras del mercado, todo eso y mucho más lo prodigaron á boca llena sobre la cabeza del pobre periodista Fréron.

Voltaire trazó su caricatura en su comedia *La Escocesa* y en su sátira el *Pobre Diablo*. Diderot, haciendo un triste juego de palabras con el título del periódico de Fréron le llamaba : « El Asno Literario ¹ ». Voltaire, que juzgó feliz semejante hallazgo, hizo preparar para la primera página de un libelo contra Fréron una silueta de asno. Fréron, más ingenioso, se contentó con anunciar en su periódico : Un libro nuevo del Sr. de Voltaire adornado con el retrato del autor. Voltaire tuvo que suprimir la portada.

¿ Acabó el patriarca de Ferney por hacer justicia á su irreconciliable enemigo? Cierta día en que un alemán que se dirigía á París le preguntaba que le indicase una persona capaz de darle idea de la literatura de la época, parece que le respondió Voltaire :

1. No era menor por entonces en España la animadversión de los literatos, *genus irritabile vatium*. Recuérdese el *Asno erudito* escrito por Forner contra Iriarte, y que seguramente había sido inspirado por este *Asno literario*.

— Á fe mía, después de pensarlo bien, no conozco más que á ese tunante de Fréron.

En otra ocasión, en medio de una cena, interrumpió á los convidados un campanillazo. Uno de ellos preguntó á Voltaire : « ¿ Qué haríais si fuese Fréron ». — « ¿ Que qué haría ? replicó Voltaire rojo de ira. Le . . . » pero tranquilizándose de nuevo añadió : « Le invitaría á comer conmigo, y le daría la mejor cama de la casa. »

Á pesar de la superioridad numérica de sus adversarios y de la protección que les dispensaba el Sr. de Malesherbes, Fréron sostuvo la lucha hasta 1776.

En dicha época le hicieron saber que quedaba suprimido el privilegio de su periódico y esto le trastornó de tal modo que le causó la muerte.

Juan Fréron, en su *Año Literario* atacaba á Voltaire, pero tuvo ocasión de arrepentirse, pues se vió asaeteado á epigramas, como el siguiente que es muy conocido :

Certain jour, au fond d'un vallon,
Un serpent piqua Jean Fréron.
Que pensez-vous qu'il arriva ?
Ce fut le serpent qui creva ¹.

Voltaire le convirtió en el héroe odioso de su comedia *El Café ó la Escocesa*, bajo el nombre de Wasp. Habiendo puesto un librero maliciosamente en una portada el retrato de Voltaire con el retrato de sus dos enemigos La Baumelle y Fréron, el maligno filósofo rimó esta cuarteta :

Le Jay vient de mettre Voltaire
Entre Labaumelle et Fréron.
Ce serait vraiment un Calvaire
S'il s'y trouvait un bon larron ².

Tenía preocupaciones, y era muy apasionado, no sólo en materia de personas sino también en cuanto á las naciones y pueblos. Detestaba á España, de la que escribía :

— Es un país del que no tenemos más noticias que de las comarcas

1. En el fondo de un valle cierto día
Picóle una serpiente á Juan Fréron.
¿ Creéis acaso que éste moriría ?...
¡ La serpiente murió de un reventón !
2. Han puesto á Voltaire en medio
De Labaumelle y Fréron,
Esto sería un Calvario,
Si hubiese allí un buen ladrón.

salvajes de África y que no vale la pena de ser conocido¹. Si alguien quiere viajar por allá, es preciso que lleve su cama, etc. Cuando se entra en una ciudad hay que ir á una calle para comprar una botella de vino, á otra para comprar un pedazo de mújol y por último á otra tercera para encontrar una mesa donde comer². Un señor francés que pasaba por Pamplona envió á buscar un asador; no había más que uno en toda la ciudad y lo habían prestado para una boda³.

Sus odios eran perseverantes y vivos. En sus cartas á D'Alembert repetía como una divisa la frase conocida: Aplastemos á la Infame, es decir á la Iglesia.

No atacaba á Dios, sino á sus representantes. En el artículo *Religión* en el *Diccionario Filosófico*, escribió una página inspirada. Se pasea por el cementerio de las víctimas de la religión y entre los bienhechores de la humanidad reconoce á Cristo. Todo este pasaje está lleno de inspiración grandiosa y hace pensar en el Dante. Victor Hugo lo olvidó sin duda cuando llamó á Voltaire:

... ce singe de génie,
Chez l'homme en mission par le diable envoyé¹.

1. Causa verdadero asombro el ver el profundo desconocimiento que existía entonces acerca de las cosas de España si se tiene en cuenta la boga que tuvieron en el siglo anterior. Y eso que España, llegada al colmo de la decadencia política, militar y literaria con el desdichado Carlos II, se había convertido casi en dependencia francesa gracias á la ambición de Luis XIV, y había prodigado su sangre y su dinero para asegurar el entronizamiento de los Borbones. Y como si esto no fuese bastante, multitud de españoles de los más ilustrados se habían empeñado en matar el espíritu nacional que renacía, para implantar á toda costa el espíritu y la cultura franceses. No faltaron malos españoles que por adular al patriarca de Ferney, le suministrasen falsos y apasionados informes. En el *Prólogo* de su obra *El Teatro español*, acusa García de la Huerta (uno de los traductores de Voltaire) de semejante felonía á Mayans, lo cual no es creíble. Mayans escribió á Voltaire dándole noticias literarias y enviándole la *Comedia famosa*, pero no era capaz de escribir á un extranjero en contra de su patria. (N. del T.)

2. Revolviendo una antigua revista (*Revista Barcelonesa*, 1847) encuentro en el tomo I. pág. 421, un trabajo interesante acerca del teatro español, escrito por el famoso literato D. Javier de Burgos, traductor de Horacio. Se explica en parte la desafección de los franceses hacia las letras españolas, si se tiene en cuenta que fueron los mismos españoles los que promovieron la cruzada contra la literatura nacional. Refiriéndose á esto, dice Burgos: «Un diplomático aragonés, llamado D. Ignacio de Luzán, que había bebido fuera del reino las doctrinas de Aristóteles y Boileau, dió la señal de la reacción; y, en su poética, impresa en Zaragoza, al subir al trono el sucesor de Felipe V, condenó sin miramiento nuestro sistema teatral... Más lejos que Luzán fué D. Agustín Montiano y Luyando en los discursos con que acompañó sus dos tragedias de *Virginia* y *Ataulfo*... que nadie tendría hoy el valor de leer. Más lejos aún fué D. Nicolás Fernández de Moratín, padre del célebre D. Leandro, en sus *Desengaños al teatro español*; más lejos en fin que todos ellos fué D. José Clavijo y Fajardo que, en su *Pensador matritense* dió el último golpe al antiguo teatro nacional... El código de Luzán se hizo de moda y de moda se hizo el desacreditar nuestro teatro antiguo, hasta el punto de llamar poco menos que bárbaros á Lope y á Calderón.

«Así se hundió... un teatro tan nacional como el de la antigua Grecia en tiempo de los Eurípides, los Sófocles y los Aristófales, y más variado y más rico que el de todas las naciones antiguas y modernas reunidas.» En vista de las palabras de Burgos se explican el desdén de los extranjeros, la antipatía del clásico Voltaire, las tonterías de Montesquieu y otras muchas cosas. (N. del T.)

3. Esta mala voluntad no le impedía adular á ciertos españoles que, como el conde de Aranda, pagaban con regalos y ditirambos las injurias que aquel tributaba á España. En esto no se distinguía Voltaire de la mayor parte de sus compatriotas en sus juicios respecto á España. Recuérdese á Montesquieu, y entre los modernos al mismo Mauricio Barrés. (N. del T.)

4. Un mono lleno de genio
Enviado por el diablo
Cual misionero á la tierra.

Nuestro filósofo creía en Dios y decía:

... je ne puis songer
Que cet horloge existe et n'ait point d'horloger¹.

Y en *Jenni* resumía su pensamiento del modo siguiente:

«¿Creen acaso haber anonadado al dueño de todo con haber dicho que con frecuencia se ha visto mal servido?»

Hay que agregar que estas afirmaciones suelen verse contradichas por reticencias ó habilidades cuyo sentido explica él mismo en una frase referida por las *Memorias Secretas*: «Durante una visita á la capilla de Ferney, dice el autor, nos hizo observar su sepulcro, mitad en la iglesia y mitad en el cementerio:» Los maliciosos, añadió, dirán que no estoy ni dentro ni fuera.»

En otra ocasión se explicaba de este modo: «En veinte libelos me han tratado de hombre sin religión; una de las más brillantes pruebas que han aducido son los siguientes versos de Yocasta en *Edipo*:

Les prêtres ne sont point ce qu'un vain peuple pense.
Notre crédulité fait toute leur science².

«Los que me han echado eso en cara son tan razonables por lo menos como los que han impreso que la *Henriada*, en muchos pasajes, olía á pelagianismo. Se renueva con frecuencia esta cruel acusación de irreligión, porque es el último refugio de los calumniadores. ¿Cómo responderles? ¿Cómo consolarse de ello sino recordando la multitud de grandes hombres que desde Sócrates hasta Descartes han sufrido horribles calumnias.

«Me contentaré con hacer una sola pregunta. ¿Quién tiene más religión, el calumniador que persigue ó el calumniado que perdona?»

Á veces hostigaba hasta á la gente de paso que incurría en su desagrado.

«Hubiérase dicho, observa el príncipe de Ligne, que en ocasiones se mostraba tan intransigente con los muertos como con los vivos.»

Tenía mal genio y era aficionado á decir chistes. Sus malicias tenían siempre carácter alegre.

Estaba descontento en cierta ocasión del Parlamento y cuando encontraba á su asno á la puerta del jardín, le decía: «Podéis pasar, Señor Presidente». Las equivocaciones en que le hacía incurrir su vivacidad

1. Oh no puedo imaginar
Que exista este gran reloj
Y no tenga relojero!

2. No son los sacerdotes lo que el vulgo imagina.
Nuestra credulidad de su ciencia es la mina.

eran frecuentes y divertidas. Cierta día tomó al afinador del piano de su sobrina por su zapatero y cuando se deshizo el error exclamó : « ¡ Válgame Dios, Señor! os ponía á mis pies y ahora soy yo el que estoy á los vuestros. » Reía ó lloraba según el viento ó el capricho. Cada día tenía su parte. « Ayer, decía, era yo filósofo y hoy polichinela. »

Tenía algunos buenos amigos, como D'Argental (su ángel guardián) Thierot, Vauvenargues, Marmontel, Lekain, La Harpe, su discípulo, y Florián, á quien crió. Era nervioso, sensible y lloraba con facilidad, según asegura Chabanon. Esta sensibilidad le hizo defender nobles causas en las que se consagró á la defensa del derecho y de la justicia, y al consuelo de más de un desdichado. No tenía nada de artista. El Príncipe de Ligne, rival suyo en materia de ingenio, se complació en hacer notar sus conocimientos falsos y su falta de gusto en materia de Bellas Artes. Podría dudarse de la imparcialidad de este competidor que escribía con modestia su temor de « llevar lechuzas á Atenas ». — « Lo que yo podía hacer en casa del Sr. de Voltaire, era no darle pruebas de ingenio. » Pero hay otros testimonios que confirman la impericia de Voltaire en materia de arte. Tal es la siguiente carta de Madama de Genlis que llegó á Fernay en compañía del Sr. Ott, pintor de Munich.

« He nos ya en una antecámara bastante oscura. El Sr. Ott se fija inmediatamente en un cuadro y exclama : ¡ Es un Corregio! Nos acercamos, porque no se veía bien, y en efecto era un hermoso cuadro original del Corregio y el Sr. Ott quedó escandalizado de hallarlo en aquel sitio. »

Dicho Sr. vió al otro extremo del salón un gran cuadro al óleo, cuyas figuras son de la mitad del tamaño natural; su marco soberbio y el sitio de honor que ocupaba en el salón anunciaban algo muy hermoso. Nos acercamos y, con gran sorpresa, descubrimos una verdadera muestra de cervecería, una pintura ridícula que representaba al Sr. de Voltaire en una especie de gloria, rodeado de rayos, teniendo en sus rodillas á los Callas y hollando bajo sus pies á sus enemigos Freron, Pompignan, etc., que expresan su humillación abriendo grandes bocas y haciendo muecas horribles. Al Sr. Ott le indignaron el dibujo y el colorido y á mí la composición. ¡Cómo es posible colocar esto en un salón! decía yo para mí. — ¡Qué horror, decía á su vez el Sr. Ott, y en cambio dejan un cuadro del Corregio en una fea antesala!

El cuadro en cuestión es debido á un mal pintor ginebrino que se lo ha regalado al Sr. de Voltaire; pero me parece inconcebible que este último tenga el mal gusto de exponer pomposamente á la vista de todos semejante mamarracho.

Las visitas le quitaban mucho tiempo y procedían de todos los países de Europa. Voltaire decía, no sin cierto ingenio, hablando de tantos visitantes :

« Son lo contrario de Don Quijote, que tomaba las ventas por castillos. »

Era preciso defenderse. Inmediatamente que anunciaban una visita incómoda, llamaba á Tronchin, su médico. Decían que el gran hombre estaba enfermo; el visitante se alejaba y se reanudaba la partida interrumpida.

Cierta día se presentó un inglés que deseaba ver al filósofo.

— Decidle que estoy enfermo, respondió Voltaire.

Como el inglés insistiese, añadió :

— Decidle que estoy en la agonía.

El Inglés no se daba por vencido.

— Decidle que me he muerto.

El inglés pretendió ver el cadáver.

— Decidle que estoy enterrado y que el diablo se ha llevado mi alma.

Al fin tuvo que irse el inglés, menos afortunado que su compatriota que fué á ver á Rossini en París en análogas condiciones. El maestro se hallaba en aquel momento sin peluca, — tenía treinta, una para cada día del mes, para simular el crecimiento natural del cabello, — y tenía envuelto el cráneo en una servilleta. Sentado ante una mesita baja, delante de un armario de luna, estaba escribiendo y se negó á recibir al importuno huésped. Pero los ingleses son testarudos. El visitante insistió con tal obstinación que Rossini tuvo que ceder :

— ¡ Que entre! dijo al fin, pero que no hable una sola palabra.

Entró el inglés en la habitación y como no se movía, le dijo Rossini sin levantar la cabeza :

— Podéis dar la vuelta, pero de prisa.

El visitante dió una vuelta alrededor del maestro sin pronunciar una palabra y se retiró andando hacia atrás y enviándole besos.

Cierta admirador dijo un día á Voltaire, despidiéndose de él religiosamente.

— Hoy he venido á ver á Sófocles; otro día volveré á presentar mis respetos á Homero y más tarde le llegará el turno á Luciano.

— ¡ Ah caballero! replicó Voltaire, soy ya muy viejo; ¡ si pudieseis hacer todas esas visitas de una vez!

La gloria de Voltaire semejaba por entonces una especie de culto religioso. Acercábanse á él como á un semidiós y le prodigaban homenajes hiperbólicos.

« Este hombre, declaraba el caballero de Boufflers, es demasiado grande para caber dentro de las fronteras de su país; es un presente que la naturaleza ha hecho á todo el universo. »

En este punto puede creerse á Madama de Genlis :

— Los mismos reyes no han sido nunca objeto de una adulación tan exagerada; á lo menos la etiqueta prohíbe que se les prodiguen semejantes lisonjas. No se entra en conversación con ellos, su presencia impone silencio y, gracias al respeto, la lisonja se ve obligada á tener en